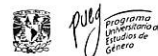


Claudia de Anda (coordinadora)



Experiencias en territorio Género y gestión cultural

Políticas culturales y cooperación internacional para la diversidad y la equidad

Lucina Jiménez

Necesitamos un Estado que no sólo administre sus instituciones, sino que sea capaz de conectar el adentro y el afuera, de dar pauta a la emergencia de nuevas reglas de intervención de los diferentes agentes sociales, de generar un espacio social para el desarrollo de las iniciativas culturales autónomas y territoriales ligadas al fortalecimiento de los derechos culturales, el mejoramiento de la calidad de vida y del ejercicio de la ciudadanía cultural.

Los nuevos retos ante la globalización

En la inauguración del I Campus de Cooperación Euroamericano, en el año 2000, Alfons Martinell llamaba la atención en torno a los "nuevos retos emergentes", a las responsabilidades del sector cultural en el sentido de "integrar y aceptar su necesaria respuesta a los problemas de globalización". "Una política cultural [decía] no puede plantearse en la actualidad de espaldas a las dinámicas de internacionalización que se están produciendo" (Martinell, 2000: 25).

Y es que ante la globalización de nada sirve adoptar medidas de repliegue o de reacción defensiva. Más allá de las estrategias de resistencia de los pueblos es necesario impulsar profundos replanteamientos de las bases teóricas y de las estrategias de acción tradicional de los Estados en el campo de la cultura a fin de construir una globalización ascendente que oriente hacia la democracia, la diversidad y la equidad los diálogos nacionales, interregionales y transcontinentales entre América Latina y Europa.

Ciertamente en este lustro se han introducido nuevos elementos en la agenda de la cooperación cultural internacional que, por fortuna, trascienden la visión de la "ayuda", para entenderla más como construcción internacional de estrategias que respondan a las realidades que la globalización y el desarrollo regional y local subrayan como urgentes, en un mundo donde el respeto a la diferencia debe traducirse en políticas de Estado y acuerdos internacionales en favor de la diversidad.

La cooperación internacional ha de verse entonces como una responsabilidad social en la perspectiva de romper las desigualdades entre las naciones pobres y las ricas y contribuir con las políticas nacionales a disminuir las desigualdades internas de nuestros propios países, donde las culturas y las comunidades indígenas padecen todavía realidades de marginación o exclusión que ponen en duda, en ciertos casos, la organización misma de los Estados nacionales.

La diversidad cultural, que se ha colocado como tema central de la cooperación cultural, es clave en un momento en que la mercantilización global tiende a volverlo todo mercancía, al grado que los países y sus culturas comienzan a mirarse como una "marca" susceptible de comercializarse en el mundo.

Por fortuna, unos días después de celebrado el Campus, la UNESCO aprobó, luego de dos años de debates, la Convención Internacional sobre

la Protección de la Diversidad en los Contenidos Culturales y las Expresiones Artísticas con una votación casi unánime de todos los países, con excepción de Estados Unidos e Israel, que se manifestaron en contra. Esta convención supone la adopción de políticas públicas por los Estados nacionales para promover y dar cauce a la diversidad cultural.

El gran reto es transformar las políticas culturales de nuestros días, fruto de una visión de modernidad que ha hecho crisis, para transitar rumbo a la defensa de los derechos culturales individuales y colectivos, a una vida digna, al reconocimiento de la diversidad para abrir cauce a la democracia y al desarrollo equilibrado.

El desafío que enfrentaremos será crear nuevas maneras de pensar y asumir nuestra condición de fragmentación, desorden y multitemporalidad para definir el *locus* desde el cual queremos actuar en el escenario internacional.

Medio ambiente, desarrollo y cultura

El comienzo del siglo XXI coloca a los Estados nacionales y al mundo entero ante fuertes retos. Acaso el más grave de todos sea el que se refiere a la salvaguarda de la vida misma en el planeta, pues sin vida no hay cultura posible.

El desequilibrio del medio ambiente, la problemática del agua y de la energía, los riesgos de la biodiversidad y el franco ecocidio son señales de alerta que cuestionan nuestros puntos de referencia científicos, técnicos y culturales respecto al sentido del desarrollo y reclaman contundentes acciones locales, nacionales e internacionales tendientes a transformar las prácticas culturales en relación con el entorno. Es preciso impulsar nuevas maneras de comportamiento y de relación con el medio que favorezcan el avance en la perspectiva del desarrollo sustentable.

No sólo es importante recuperar el conocimiento tradicional del manejo, cuidado y preservación de los recursos naturales, también lo es desarrollar nuevas estrategias de gestión de este patrimonio e impulsar la cooperación internacional e interlocal en relación con el desarrollo sustentable. En ese sentido se vuelven indispensables las políticas de vinculación de la cultura y el medio ambiente, así como la participación de nuestros países en la llamada Agenda 21, la cual se orienta hacia la cooperación para el desarrollo local y municipal.

Replantear el lugar del Estado y fortalecer el tercer sector

Es una realidad que la cooperación en el espacio iberoamericano y euroamericano avanza no sólo entre los gobiernos centrales, que de hecho aún actúan con cierta rigidez, sino sobre todo entre regiones, ciudades, municipios, organizaciones civiles y privadas, agrupaciones artísticas, investigadores y comunidades.

Sin embargo, para que esa cooperación crezca y tenga mayor resonancia, es necesario que descansa en una reestructuración de las políticas culturales de nuestras naciones, a fin de que se reconstruya el espacio público de la cultura, debilitado por el mercantilismo y la privatización de los consumos culturales propios de la globalización.

Necesitamos redimensionar y trascender el papel del Estado latinoamericano en relación con las políticas culturales para que éste no permanezca simplemente como distribuidor de recursos cada vez menores, ni de bienes y servicios cuyo papel tiene que redefinirse ante los nuevos contextos globales, los comportamientos de los públicos y los impactos del desarrollo tecnológico.

Es menester trabajar en el diseño de políticas culturales capaces de ver la cultura como recurso ético y estético y de colocarla en las agendas nacionales e internacionales para el desarrollo. Necesitamos políticas orientadas hacia la constitución de un sector con posibilidades de acción transversal e intersectorial y eso pasa por un conjunto de transformaciones de mediano plazo que reclaman acciones urgentes.

Una condición básica para iniciar esa transformación es trascender las concepciones de política cultural heredadas de las aristocracias europeas del siglo XVIII para dar atención a los nuevos campos emergentes en donde las culturas se reorganizan bajo la influencia de medios masivos e industrias culturales, que hoy están en manos de consorcios trasnacionales dada la ausencia de apoyos a la producción local y a las pequeñas y medianas empresas culturales.

Es preciso diversificar las industrias culturales e incorporar contenidos culturales y artísticos a los medios para evitar que el melodrama se siga imponiendo como único género dramático familiar y que la violencia y el espectáculo de la devastación se amplifiquen en nuestras pantallas a partir de un relativismo permisivo donde todo cabe y donde ya nada afecta al

espectador; ni las bombas, ni la corrupción, ni la degradación del medio ambiente.

Es impostergable, porque mientras los Estados nacionales luchan por redefinir sus campos y modalidades de intervención para la recuperación del espacio público, y a veces pugnan por la sobrevivencia de sus propias instituciones, las empresas multinacionales mueven dinero en la cultura, acrecientan sus esquemas y campos de atención e influyen de manera decisiva en los espacios de entretenimiento, en la producción audiovisual y en los medios de comunicación y, por supuesto, en la definición de los rostros de las naciones.

La actualización del reloj de las políticas culturales supone un esfuerzo por redefinir el sentido y el quehacer de las estructuras institucionales en que descansa la organización del quehacer cultural en cada país, ya que con frecuencia estas grandes estructuras atrapan la mayor parte de la atención del Estado; con ello se reducen considerablemente los radios de acción estatal y se limitan a la mera labor administrativa gubernamental, con lo cual generan grandes espacios de vacío en relación con los nuevos procesos culturales.

Necesitamos un Estado que no sólo administre sus instituciones, sino que sea capaz de conectar el adentro y el afuera, de dar pauta a la emergencia de nuevas reglas de intervención de los diferentes agentes sociales, de generar un espacio social para el desarrollo de las iniciativas culturales autónomas y territoriales ligadas al fortalecimiento de los derechos culturales, el mejoramiento de la calidad de vida y del ejercicio de la ciudadanía cultural.

El fortalecimiento del tercer sector en la mayoría de nuestros países es condición indispensable para ampliar las bases de la democracia y la diversidad cultural; supone la voluntad estatal de recuperación del espacio público y las posibilidades de reconstituir el tejido social a partir de la participación y el fomento a la creatividad social.

En ese sentido es importante replantear los vínculos entre la cultura, la educación y la comunicación por medio de esquemas formales y no formales dirigidos a fomentar el pensamiento crítico, la autoestima, las habilidades expresivas y la capacidad de transformación del entorno.

La participación de agentes sociales emergentes da lugar a nuevas formas de acción local e internacional, al tejido de redes de cooperación artística y cultural y al surgimiento de nuevas comunidades virtuales o transnacionales que pueden actuar en beneficio de la diversidad.

Hace unos años Francisco Toledo, uno de los artistas mexicanos contemporáneos más importantes por su obra artística y por su defensa del patrimonio cultural, desató una batalla simbólica y legal en contra de la instalación de un restaurante McDonald's en el Centro Histórico de Oaxaca. Este proceso propició actos masivos alrededor de la gastronomía tradicional, uno de los elementos más ricos del patrimonio cultural intangible, y dio paso a una manifestación de apoyo a la lucha de Toledo a través de una red informal de acción internacional que culminó con el retiro de la propuesta. Ninguno de los poderes públicos estatales o locales hubiera podido siquiera plantearse ese debate o actuar en tal sentido sin propiciar un delicado conflicto binacional con Estados Unidos.

Políticas culturales hacia la sustentabilidad

El fortalecimiento del Estado no supone solamente la lucha en el interior de las estructuras de gobierno en pos de más recursos económicos, cuestión sin duda fundamental, sino que implica fortalecer su capacidad normativa en torno a las competencias de diferentes agentes (iniciativa privada, organizaciones autónomas, agrupaciones artísticas, etcétera) en terrenos hoy notablemente distintos de los de mediados del siglo XX, cuando se dio impulso a la mayoría de las instituciones culturales que pertenecen al Estado, que en su momento fueron vistas como los únicos instrumentos de intervención en la vida cultural.

Al desnudarse el contenido económico de los procesos culturales y la reducción de los presupuestos que los Estados dedican a la cultura se han puesto a debate los nichos ecológicos en que se desarrollan las artes y la cultura, los cuales suelen apuntar hacia una franca descapitalización debido a la escasez de inversión y a la falta de recuperación de recursos a partir de la distribución, circulación y disfrute de los bienes y servicios culturales.

Este enfoque, que retoma la perspectiva de la ecología de la cultura, nos obliga a idear estrategias ligadas a la búsqueda de innovadoras y variadas posibilidades de reconexión de la vida cultural con nuevos contextos sociales para impulsar una nueva aspiración de sostenibilidad en los procesos culturales y artísticos. Este enfoque hacia la sostenibilidad no debe confundirse, sin embargo, con la intención de dejarse arrastrar por los aires mercantiles que respiramos todos los días.

Es importante la actualización de las políticas culturales en múltiples campos, como los relativos a las propias condiciones para el financiamiento de la cultura, las estrategias y formas de gestión de las organizaciones culturales y sobre todo en cuestiones como los derechos de autor y la propiedad intelectual frente al *copyright*, el impacto de la tecnología en la reproductibilidad y la piratería. Muchos de estos campos reclaman la creación de plataformas internacionales de debate y de concertación.

De igual manera se requiere reflexionar sobre los derechos culturales de la ciudadanía en lo individual y en las comunidades ante la creciente expropiación y explotación de sus recursos naturales y de su patrimonio cultural tangible e intangible, el cual, por cierto, hay que mirar con ojos contemporáneos ante la explosión del desarrollo urbano. Hay que pensar en la necesidad de rearticulación de los poderes centrales y locales, en las consecuencias del turismo y en los intereses, orientación y efectos de la inversión privada.

Políticas para la diversidad

El protagonismo de las regiones y de los espacios locales, así como la movilización de los ciudadanos, las comunidades y los artistas de un lugar a otro colocan a todos los países frente a retos interculturales de gran dimensión.

La migración voluntaria y forzosa de miles de ciudadanos y las diásporas de los últimos años que afectan a diversos grupos humanos han llevado a una profunda transformación de las cartografías culturales de Europa, América Latina y Estados Unidos. La sola existencia de millones de latinoamericanos en Estados Unidos y la creciente migración africana y latinoamericana a Europa ponen en tensión los diseños de los sistemas nacionales de educación, los servicios públicos y las políticas culturales en los ámbitos locales, las cuales se debaten frente a su capacidad de atención y cobertura y a sus propias orientaciones ante la diversidad cultural, la convivencia, el diálogo y la confrontación entre diferentes visiones del mundo.

Ahora se requieren políticas culturales y educativas basadas en un discurso relativista de respeto al otro y también en orientaciones y capacidades de comunicación y diálogo intercultural, es decir, de convivencia entre culturas con diferentes matrices, no sólo occidentales o indígenas, a fin de enfrentar

las contradicciones y tensiones que se generan entre diversas culturas que comparten un mismo espacio, muchas veces en circunstancias de conflicto. Es cada vez más urgente atender esta necesidad.

En el principio del siglo XXI el cambio demográfico y el debilitamiento de la familia en Latinoamérica o acaso en el mundo entero han mostrado la vulnerabilidad de millones de adolescentes y jóvenes que padecen las consecuencias del debilitamiento del tejido social, el fracaso y la deserción escolar, las escasas alternativas de participación y de sitios de encuentro, además de la falta de entendimiento intergeneracional, especialmente tratándose de lo que llamo la "generación postalfabética", formada fundamentalmente a partir del surgimiento y la generalización de redes digitales e Internet. En ese marco la problemática de exclusión y marginación afecta más a las adolescentes y a las mujeres que pertenecen a un grupo étnico, quienes enfrentan circunstancias de pobreza extrema y de violencia intrafamiliar y presentan inaceptables índices de muerte materna o por enfermedades curables. Los índices de desarrollo humano sustentable desde la perspectiva de género que establece el PNUD muestran que en México, al igual que en otros países latinoamericanos, las zonas con mayor presencia indígena avanzan más lentamente en la integración de las mujeres a la vida económica, laboral, social y cultural, a pesar de que éste es uno de los principales objetivos del milenio. Cumplir con cada una de estas metas en el ya cercano 2015 implica un fuerte esfuerzo cultural en favor de la diversidad sin el cual será prácticamente imposible e inviable cualquier modelo de desarrollo.

Cooperación internacional, ética global y equidad

Mientras en la Unión Europea se debate sobre la diversidad y la unificación y más recientemente sobre la cultura y el desarrollo, América Latina enfrenta múltiples escollos para la cooperación interregional: las dificultades y el costo de las comunicaciones, la monopolización de los medios de difusión, la pobreza, el debilitamiento de los estados frente al mercado internacional en materia de cultura y, en general, la fragilidad aún presente de las organizaciones culturales autónomas contribuye a volver más complejas esas dificultades.

Esfuerzos como los del Mercosur, la OEI, el Pacto Andino, el Convenio Andrés Bello (actualmente en proceso de desaparición) y la OEA han sido

significativos. A ello se suma la necesidad de replantear el debate en torno al TLC entre México, Estados Unidos y Canadá en el marco de las políticas regionales.

Retomo aquí con cierta libertad algunas de las ideas que se expusieron en la Reunión de Pensar Iberoamérica, auspiciada por la OEI y coordinada por Néstor García Canclini en México y Brasil en 2002:

La democracia requiere de políticas activas de regulación de las relaciones entre naciones, entre culturas y entre actores sociales, tanto a nivel nacional como interregional e intercontinental, lo que supone cuestionar las hegemonías y la normalización de la globalización, la desigualdad de los intercambios y el mercantilismo para instalar en cambio diálogos de construcción conjunta de agendas que fortalezcan las posibilidades de acción local, pero con perspectivas internacionales (García Canclini, 2002: 366).

El impulso al debate en torno a las políticas culturales y de cooperación es fundamental para no alentar y sobre todo para no permitir un nuevo reparto de mercados ni otras conquistas culturales disfrazadas de cooperación.

En cambio, necesitamos acuerdos internacionales que favorezcan la creación de redes de ciudades, de artistas, de investigadores, de corredores culturales, de circuitos translocales y de medios de comunicación internacionales; es preciso impulsar la multiplicación de espacios de confluencia virtual o presencial para dar cauce a la creatividad, a la producción artística y al desarrollo de nuevos públicos, de nuevos vínculos entre la cultura y la sociedad.

Igualmente la cooperación de los países puede ayudar a construir espacios y herramientas que impulsen la investigación a escala internacional. Necesitamos compartir y sistematizar las iniciativas y las buenas prácticas de gestión cultural. Requerimos el impulso de nuevos observatorios culturales, de nuevos centros de distribución cultural, de nuevos circuitos para la producción y la creación artística y audiovisual. Es fundamental para la cooperación la formación de profesionales en políticas y en gestión culturales que favorezcan la profesionalización del sector, a fin de introducir orientaciones pertinentes y actualizadas en un campo emergente y en constante transformación.

No se trata de hacer un gran listado para ensanchar la agenda, sino de compartir la definición de las prioridades y de encontrar los mejores mecanismos para avanzar a través de las diferentes estructuras y flujos de la cooperación rumbo a nuevas formas de intercambio equitativo y de democracia internacional.

La cooperación cultural internacional está estrechamente ligada a la posibilidad de reenfocar las agendas nacionales, integrar a nuevos agentes sociales y colocar la cultura en el centro de las nuevas políticas de carácter transversal intersectorial y de carácter prospectivo, con especial interés en los retos que plantea el mundo global a nuestras naciones para fomentar la calidad de vida, la democracia, la equidad y el equilibrio en el planeta.

Este Campus habrá de llevarnos a multiplicar nuestras perspectivas y posibilidades de acción. Debemos trabajar en nuestros pequeños o grandes espacios a favor de un nuevo orden mundial, por la diversidad y el pluralismo, por el derecho de nuestros pueblos a ocupar un *locus* en el planeta con dignidad y pertinencia. La ética y la inteligencia multiplicadas pueden enriquecer el apasionante momento que vivimos.

Bibliografía

- GARCÍA Canclini, Néstor (coord.). 2002. *Iberoamérica 2002. Diagnóstico y propuestas para el desarrollo cultural*, México, OEI/Santillana.
- MARTINELL Sempere, Alfons. 2000. "Cooperación cultural internacional y globalización", *Cooperación cultural euroamericana, I Campus Euroamericano de Cooperación Cultural*, Barcelona, 15 a 18 de octubre.